

LA SERICICULTURA MURCIANA. PRODUCCION, DIFUSION Y COYUNTURA, SIGLOS XVI-XX

M.^a TERESA PEREZ PICAZO
Universidad de Murcia
GUY LEMEUNIER
CNRS (París)

La sericultura murciana presenta una serie de rasgos específicos que permiten considerarla como un caso particular de este tipo de aprovechamiento.

Primero, su evolución sigue una cronología distinta a la de otras regiones vecinas como Andalucía o Valencia, donde la producción sedera fue más precoz, tanto en el despegue como en la desaparición. En ambas, el cultivo de la morera aparece antes del XVI y se hunde en la segunda mitad del XIX, mientras que en Murcia surge en las primeras décadas del quinientos y sobrevive hasta después de la guerra civil.

Segundo, la explotación del capullo en bruto poseyó siempre una mayor importancia que su elaboración industrial. Dicho en otras palabras, tanto en Granada y Córdoba como en Valencia, se consumía en establecimientos ubicados *in situ* un porcentaje no despreciable de la materia en cuestión; aquí, por el contrario, las cifras más altas corresponden al producto exportado. A lo largo de los siglos fue variando el centro receptor (Toledo y Córdoba en el XVI-XVII; Valencia y Lyon en el XVIII-XIX...), pero la tendencia se mantuvo. Y ello, pese a la existencia de intentos periódicos en pro del fomento de la sedería a escala local, como tal vez en el XVI y, con toda seguridad, en el XVIII (arte mayor de tejer sedas, fábrica de hilados y tejidos a la piemontesa) y en las décadas centrales del XIX (primeras hilanderías industriales). En este período, incluso, se consigue casi un *record*: de los 57.000 Kg. de capullo cosechado durante el año 1869 se trabajaron localmente 25.695¹.

Por otra parte, es preciso hacer constar que la escasa importancia de la sedería murciana es sólo un aspecto más de la debilidad global del sector secundario, debilidad que constituye un rasgo estructural de la economía regional entre los siglos XVI y XIX. La evolución de la vida económica, como hemos mostrado en otras publicaciones², se caracterizó a lo largo de este prolongado arco temporal por la sucesión de diversos equilibrios agrícola-comerciales, en cuyo seno las actividades manufactureras contaron mucho menos, por ejemplo,

¹ AMM, leg. 381.

² Pérez Picazo-Lemeunier (1984).

que en el caso de la vecina Valencia. En consecuencia, el análisis de la vertiente agrícola de la explotación sedera resulta más significativo para la comprensión de dicha evolución que el de la artesanal: de ahí que nos hayamos centrado especialmente sobre él en el desarrollo de este trabajo.

Nuestro objetivo consiste, pues, en el estudio del gran ciclo sericícola iniciado en las primeras décadas del XVI y concluido prácticamente hacia 1940-1950. A lo largo de los cuatro siglos y medio transcurridos entre ambas fechas, se asiste a dos movimientos de signo rigurosamente inverso en lo referente a la expansión del moreral: entre el XVI y el XVIII, su cultivo se difunde en casi todos los regadíos del reino de Murcia a partir de la huerta de la capital, mientras que, desde el setecientos, se contrae progresivamente hacia su punto de partida. La masa de fuentes conservada es lo suficientemente importante para permitirnos establecer los principales jalones geográficos y cronológicos del proceso, y, asimismo, para cuantificar la producción y seguir la coyuntura. Esta última, como veremos, se caracterizó a lo largo de todo el período por su relativa independencia respecto a las áreas meteorológicas (a causa de la mayor resistencia del arbolado frente a las adversidades climáticas), mientras que, por el contrario, las fluctuaciones de la demanda nacional e internacional ejercían sobre ella una influencia decisiva debido al carácter comercial del aprovechamiento. Por último, es preciso advertir que, aunque las oligarquías de propietarios carecieron casi siempre de información y de medios para conocer y/o dirigir los movimientos del mercado, como sucede hoy en tantos países neocolonizados, mostraron casi siempre una notable capacidad de respuesta ante los cambios de coyuntura.

I. EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

Este proyecto de medir la difusión de la actividad sericícola ha tropezado, desde el primer momento, con una grave dificultad. En efecto, si es bien sabido el carácter desigual de las actuales estadísticas agrícolas, ¿qué decir de las series construidas para la era preestadística? El problema se agrava en este caso por tratarse de un producto cuyo valor elevado y escaso volumen hacen aleatorios los controles oficiales, en lo referente tanto a la producción como a la comercialización. En 1743, don Antonio Vidal, «tasador del diezmo» en Murcia, calculaba que la cosecha de hoja de morera era un 22,5 por 100 superior a la que se deducía de las cifras del diezmo: 22.220 onzas en lugar de 18.000³. Pero en las épocas de prosperidad y de prohibición de exportaciones el fraude ha debido superar este porcentaje.

³ AMM, leg. 3915.

A los problemas relacionados con ocultaciones fraudulentas se añaden los concernientes a la interrupción de las series. Como los archivos dependen directamente de las estructuras sociopolíticas que los producen, la presencia de la revolución liberal introduce una discontinuidad en las fuentes y hasta en la metrología, que hace abandonar la empresa al historiador con harta frecuencia. Por tanto, la idea de seguir la sericicultura murciana a lo largo de un arco temporal tan prolongado constituía una especie de desafío que nos ha servido de acicate para superar el *handicap*, aunque sin enmascarar su presencia en ningún momento.

Bajo el Antiguo Régimen, lo esencial de la documentación está constituido por la contabilidad de la detracción eclesiástica, real y municipal: el diezmo⁴, impuesto sobre la hoja de morera en la diócesis de Cartagena y sobre la seda en las Encomiendas; el *arbitrio de la seda* y el *corretaje*, tasas percibidas en el Contraste, institución donde se realizaban obligatoriamente las transacciones en la capital desde comienzos del XVI. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del XVIII, estos tres índices coyunturales pierden progresivamente su fiabilidad y después desaparecen, haciendo sitio a otra categoría de fuentes: las encuestas protoestadísticas de la Monarquía ilustrada y el Estado liberal. Este tipo de documentación, aunque no era totalmente desconocido en el período anterior (Vecindario de 1528-1533, Expedientes de Hacienda), se desarrolla a partir del Catastro de la Ensenada y de la serie de Interrogatorios de 1803, 1818-1820, 1829-1830, 1851, 1860 y 1866. También es preciso mencionar, para esta última fase, a la prensa local, que incluye mercuriales (*B. O. de la Provincia, La Paz, El Diario de Murcia*), y a los trabajos monográficos de los eruditos locales⁵, apoyados generalmente en los Archivos de la Estación Sericícola (a partir de 1892). Las sucesivas Memorias de este organismo nos han permitido prolongar el estudio hasta 1930⁶.

En resumen, disponemos de una documentación abundante, pero dispersa, y que requiere una manipulación delicada. El material así descrito es desigual, tanto en cantidad como en calidad. De esta manera, a períodos privilegiados (1550-1600, 1650-1750, 1890-1930) se oponen otros particularmente desfavorecidos. Además, la capital está siempre mejor documentada que el resto de la región, lo que constituye un problema menor debido a su predominio aplastante en la producción sedera. Sobre todo, el tipo de texto introduce cierta distorsión en el estudio: bajo el Antiguo Régimen, gracias a los archi-

⁴ Para una crítica de este tipo de fuentes en el caso regional, Lemeunier (1976) y (1983 a). En cuanto a su valor al final del Antiguo Régimen, ha sido analizado por Canales (1982).

⁵ Baleriola (1894) y Baleriola Ramírez (1926).

⁶ AMM, Memorias-resumen de los trabajos sericícolas. Diversas fechas entre 1900 y 1930.

vos de la detracción, se capta fundamentalmente la coyuntura sericícola; a partir de la segunda mitad del XVIII, por el contrario, se nos escapa un tanto el ciclo corto, mientras que se aprehende mejor lo referente a la estructura: superficies ocupadas por el moreral, producción global, comercialización, artesanado. Persiste en las dos épocas una laguna relativa: la insuficiencia de las series de precios, que no podrán ser completadas sin la ayuda de los protocolos notariales.

II. UN GRAN CICLO PRINCIPAL Y TRES SECUNDARIOS

La observación de las series reunidas nos autoriza a descomponer el gran ciclo de la sericultura murciana en tres ondas sucesivas, que corresponden, respectivamente, a los períodos 1500-1680, 1680-1896 y 1896-1950. Su amplitud, extensión geográfica y significación económica son sensiblemente diferentes, por lo que es necesario presentarlos separadamente. Pero el punto de partida debe ser, obviamente, la introducción de la actividad sedera en la región.

1. *La implantación*

Los estudios medievales —referidos en su mayor parte a la huerta de la capital— concuerdan sobre este punto: antes de las últimas décadas del siglo xv no había aparecido la morera ni la producción de seda bruta⁷. Todo lo más, se puede constatar aquí y allá la presencia aislada de morales. Por eso, tanto en la época musulmana como después de la Reconquista, el artesanado local debía importar su materia prima de Andalucía. La seda bruta llegaba, pues, por medio del comercio y, en ocasiones, gracias al pago de los rescates musulmanes⁸.

Es entre 1480 y 1530 cuando se introduce la sericultura. Alrededor de la primera de estas fechas, las Actas Capitulares de Murcia capital registran la aparición de la morera en los jardines y sectores suburbanos de la huerta y, poco después, las tensiones del Consejo con el Cabildo Catedral, a propósito de las modalidades del pago del diezmo sobre el mismo cultivo⁹. Cincuenta años más tarde, el árbol alcanza prácticamente su máxima área de difusión en las provincias de Murcia y Albacete.

⁷ Torres Fontes (1971).

⁸ AMML, leg. Pleito de Vera.

⁹ Herrero (1974). Sin embargo, en 1494, Jerónimo Münzer, que habla de la producción y artesanado de la seda en Valencia, no señala la presencia de moreras en Murcia. García Mercadal (1952, p. 341).

Por entonces ocupaba en el interior de la región un nicho ecológico cuyos límites venían dados por dos elementos: las disponibilidades de agua y los *mínima* de temperatura. En una zona caracterizada por la aridez, la extensión de la morera va a calcarse sobre la geografía del agua. Por ello se instala, sobre todo, en el interior de los perímetros regados provistos de dotaciones hidráulicas suficientes (valle del Segura y sus afluentes); mucho menos, y más tarde, en los regadíos secundarios, que dependen de fuentes o de cursos de agua intermitentes (de donde desaparecerá también más rápidamente), y no penetra apenas en las zonas de cultivo pluvial. Por la misma razón, el mayor rigor de las heladas nocturnas e invernales producidas por la altitud y la continentalidad detendrá su avance hacia el Norte, hacia las montañas del Noroeste y hacia La Mancha.

¿Cómo explicar el éxito de la morera a escala regional? El problema no está enteramente resuelto. Es preciso invocar, en primer lugar, las circunstancias militares: las turbulencias que agitaron sucesivamente el reino de Granada hicieron pesar graves incertidumbres sobre su producción sedera, mientras que el mayor grado de seguridad reinante en los itinerarios murcianos después de la caída del emirato nazarita facilitó las migraciones de mano de obra y las relaciones comerciales.

Pero, pese a que los cambios políticos convirtieron al reino de Murcia en una zona de posible acogida para esta actividad agrícola, fueron factores claramente económicos los que determinaron su implantación. Los investigadores medievales conceden a los genoveses un papel fundamental en las transformaciones que conoce el litoral sudoriental hispánico a fines del siglo xv. Es posible que la introducción de la morera por su mediación, a partir de Sicilia, haya correspondido a la voluntad de diversificar sus centros proveedores de seda en el transcurso de una fase políticamente incierta: las nuevas plantaciones de Murcia y de Valencia podían sustituir a las importaciones de Oriente Medio y de Granada, amenazadas, y, al mismo tiempo, les conferían una posibilidad de arbitraje entre España e Italia del Sur.

Sin embargo, la documentación utilizada hasta aquí no dice nada sobre la responsabilidad de los hombres de negocios ligures en la difusión y después en la comercialización de la seda murciana —a diferencia del mercado regional de la lana, dominado por ellos—. Por el contrario, múltiples referencias, anteriores a los más antiguos libros del Contraste consultados (1576), ponen en evidencia la actividad de comerciantes murcianos, pero también castellanos (de Toledo y Pastrana, sobre todo) y andaluces (de Córdoba y Priego). En nuestra opinión, hasta que aparezcan nuevas fuentes de información, parece que el desarrollo de la sericicultura murciana debe ponerse en relación, sobre todo, con el de los centros industriales del reino de Castilla, cuyo aprovisio-

namiento, insuficientemente asegurado por los recursos locales, tanto en cantidad como en calidad, sufría los altibajos de la producción granadina.

La seda obtenida a partir de la morera es más grosera, pero el proceso de elaboración puede iniciarse un mes antes que con el moral y los precios son inferiores. El éxito de la seda murciana es el resultado de la concurrencia entre la morera de las huertas y el moral de las montañas granadinas. Desde su nacimiento, la sericultura regional será destinada a abastecer esencialmente a la demanda exterior, no al artesanado local.

2. *El primer ciclo: circa 1500-circa 1680*

El primer ciclo de la sericultura murciana dibuja una curva de Gauss cuya cima se sitúa en 1600 y en la cual los siglos XVI y XVII corresponden, respectivamente, a la fase ascendente y descendente. En el transcurso de la primera, la difusión regional de la morera y la producción de la seda bruta progresan a través de ondas sucesivas. La segunda, por el contrario, presenta un retroceso colectivo, pero no una total desaparición de esta actividad: no existe ningún ejemplo de ella. De ahí las posibilidades de recuperación ulterior ¹⁰.

Según el testimonio convergente de diversas fuentes, la huerta de la capital constituyó el primer centro de difusión del nuevo cultivo. Desde allí la morera se introduce rápidamente en la vega de Molina, comenzando así su migración aguas arriba a lo largo del valle del Segura. Estamos particularmente bien informados sobre las transformaciones que entraña alrededor del 1500 su implantación en Lorquí, situada sobre la acequia de Molina. Según los testigos interrogados en 1526 ¹¹, dichas transformaciones se remontaban a una treintena de años. En la época en la que responden a la encuesta, la pequeña huerta contaba ya con más de un millar de moreras (1.059 ó 1.074, según las estimaciones), de las que un 16,76 por 100 estaban plantadas en tierras buenas del fondo del valle, pero la mayor parte (83,24 por 100) aparecían por encima de la acequia, en tierras más ligeras y peor regadas, en las que sustituyeron a otros cultivos arbóreos (higueras y olivos).

Sin embargo, parece haber existido en el noroeste de la actual provincia de Murcia un centro secundario de difusión: Caravaca. En 1507, el bancal que pertenece al beneficio curado y la «huerta de la Orden» están pobladas de moreras. Y, en 1525, el comendador percibe separadamente el diezmo de la seda ¹².

¹⁰ Cfr. Calvo García-Tornel (1975), Olivares (1976) y Chacón (1979).

¹¹ ACM, leg. 213; AHN, Ordenes, Toledo, leg. 13958.

¹² AHN, Ordenes, Santiago, libros 1072 C y 1080 C.

Hacia esta misma fecha, la morera acelera su avance desde los dos epicentros. En el Segura, en el Val de Ricote, está atestiguada su presencia en Ulea: la fábrica parroquial poseía, entre otros bienes, «un pedazo de tierra puesto Morera (*sic*)», y los visitadores de la Orden de Santiago ordenan que se prosiga la plantación. Pese a ello, el diezmo se percibe todavía conjuntamente con el de la grana. Sobre el Guadalentín, en Aledo y Totana, los mismos visitadores observan que «hay agora renta de seda que nuevamente se faze».

El Vecindario de 1528-1533 permite apreciar la extensión regional alcanzada por la sericicultura¹³, que afectaba ya a la totalidad de la provincia de Murcia, con excepción de la costa semiárida (Cartagena y Mazarrón) y del Altiplano (Jumilla y Yecla), aunque sin franquear los límites provinciales actuales, con algunas excepciones como la Encomienda de Socovos (Albacete) y Hornos (Jaén). La zona montañosa, pues, apenas se roza; en ella el moral sigue compitiendo con la morera, especialmente en la Encomienda de Segura. La misma fuente señala, sin embargo, el avance de dicho árbol en ciertos sectores montañosos (Liétor) y en la otra gran huerta de la región, la de Lorca, que va a convertirse rápidamente en el segundo centro productor después de Murcia. En medio siglo la sericicultura ha alcanzado prácticamente su extensión máxima.

A partir de 1527 se puede seguir en la misma Murcia (cuadro I), y después en algunas huertas favorecidas como Lorca y Mula, los progresos de la producción. Esta conoce fases de aceleración —decenio 1530, alrededor de 1550, decenio 1560, últimos años 1580— separadas por escalones sucesivos (años 1540, comienzo década 1590) o por episodios de retroceso más o menos notorios (fin del decenio 1550, incluso antes de la peste de 1559; período 1565-1583).

En su primer apogeo, alrededor de 1600, la sericicultura murciana constituye el elemento fundamental de un modelo económico-social basado en la exportación de materias primas, principalmente textiles. Incluso se puede relacionar el progreso paralelo de la infraestructura hidráulica con su desarrollo¹⁴. Pero, aunque este tipo de explotación está presente un poco en todas partes fuera de la Meseta, reviste una importancia variable en el seno de las distintas economías comarcales¹⁵. Sólo es preponderante en la capital, donde el diezmo de hoja sobrepasa en valor al del trigo, lo que constituye un ejemplo de especialización sin parangón en la Europa del XVI, salvo en Calabria y alrededor de Mesina.

En cuanto a los porcentajes alcanzados, la vega de Molina sigue a poca

¹³ AGS, Contadurías Generales, leg. 761.

¹⁴ Pérez Picazo-Lemeunier (1985).

¹⁵ Cfr. cuadros comparativos para finales del XVI en Lemeunier (1983 b), p. 225.

CUADRO I
La sericicultura murciana. Dos índices (1527-1837)

	(1)	(2)		(1)	(2)
1527	2.602		1580	20.648	
8	3.043		1	20.940	1.765
9	3.126		2	22.432	1.765
1530			3	22.105	
1	3.203		4	27.096	
2	3.805		5	28.416	
3	5.028		6	32.237	
4	5.809		7	33.731	2.176
5	6.087		8	34.645	
1542	5.662		9	30.382	
3	5.662		1590	30.122	2.353
4	4.955		1	24.990	2.441
5	4.698		2	25.182	3.235
6	3.203		3	24.765	3.353
7	3.534		4	22.558	3.588
8	4.549		5	24.656	3.588
9	5.094		6	25.844	2.500
1550	6.882		7	40.347	
1	10.921		8	42.064	3.088
2	11.096		9	34.160	2.941
3	12.082		1600	38.339	3.824
4	12.534		1		3.735
5	12.703		2	40.182	
6	5.042		6		3.000
7	9.186		7	18.440	
8	8.969		8	27.227	
9	1.889		1610	27.595	4.600
1560	9.127		1	32.848	
1	12.176		2	38.382	
2	14.004		3	42.437	
3	16.320		4	36.371	8.500
4	19.715		5	37.823	9.500
6	20.765		6	30.978	8.000
7	21.571		7	27.884	
1570			8	34.444	9.265
1	18.542		9	31.417	6.618
2	16.201		1620	32.452	6.050
3	14.052		1	29.935	6.588
4	18.195	478	2	33.260	6.618
5	18.829	823	3	37.211	7.712
6	12.410	441	4	37.468	7.100
7	18.515	911	5	44.256	6.700
8	15.425	1.235	6	46.997	6.618
9	17.491	1.471	7	48.265	
			8	40.707	
			9	45.937	

(1) Diezmo de hoja de morera. Granero mayor de Murcia (en reales).

(2) Corretaje de la seda (Murcia-capital) (en reales).

CUADRO I (Continuación)

La sericicultura murciana. Dos índices (1527-1837)

	(1)	(2)		(1)	(2)
1630	43.060	5.000	1670		1.400
2	37.245		1	15.292	1.400
3	33.138		2	11.534	1.400
4	34.497	7.000	3		1.684
5	33.816	8.600	4		4.400
6	33.676	7.425	5		2.000
7	31.249	6.400	6	12.801	2.000
8	31.873	6.504	7	14.342	2.000
9	32.409	5.200	8	15.440	
			9	6.746	2.000
1640		4.300	1680	11.597	2.000
1	22.199		1		2.000
2	24.642		2	3.684	2.000
3	24.612		5	9.189	500
4	18.574		6	6.886	600
5	18.003		9		1.000
6	19.719				
7	19.741		1690		1.000
8	18.562		1		1.000
9	4.486	2.800	2		1.000
			3	10.609	2.000
1650	4.401	800	4		2.000
1	7.928	900	5		2.000
2	6.017	330	6		2.062
3	10.222	1.200	7	13.811	4.883
4		1.000	8		4.883
5	6.630	1.182	9	14.411	
6	6.601	1.200			
7	4.096	1.200	1700	15.069	
8	4.734	1.300	1	14.666	
9	4.337	1.250	2	15.321	1.900
			3	15.714	3.000
1660	6.461	1.400	4	16.677	3.040
1	11.585	1.400	5	13.633	2.040
2	6.651	1.400	6		1.730
3	11.104	1.400	7	11.530	1.730
4		1.400	8		1.730
5		1.400	9	10.615	
6		1.400			
7	18.682	1.400	1710		
8	22.266	1.400	2	12.393	1.750
9	23.219	1.400	3		2.000
			8		2.403
			9		2.403

(1) Diezmo de hoja de morera. Granero mayor de Murcia (en reales).

(2) Corretaje de la seda (Murcia-capital) (en reales).

CUADRO I (Continuación)

La sericultura murciana. Dos índices (1527-1837)

	(1)	(2)		(1)	(2)
1720		2.403	1760		1.100
3	11.266		1		1.100
4	14.898		2		1.100
5	17.153	3.000	3		1.000
6	15.953	3.000	4		1.000
7	18.146	3.000	5		1.000
8	18.439	3.300	6		1.000
9	18.943	818	7		900
1730	20.362		8		900
1	20.927		9		900
2	23.918		1770		900
4	24.829		4		1.562
5	24.380		5		1.560
7	24.362	1.150	6		1.742
8	23.270	1.100	7		1.340
9	25.395	1.209	8		1.500
1740	25.359	1.209	9		1.500
1		1.015	1780		1.500
2	24.886	900	1		1.030
3	23.227	900	2		1.100
4	23.871	900	3		1.100
5	23.709	1.500	4		800
6	23.645	900	5		650
7	23.192	650	6	10.604	
8	22.843	700	7	4.876	1.100
9	23.318	650	8	27.740	910
1750	22.472	700	9		910
1		750	1790	28.972	
2		750	2	30.921	
3		750	3	31.937	
4		787	4	31.450	
5		800	5	30.731	910
6		787	6		910
7		787	7	29.947	910
8		787	8	28.012	910
9		800	9	28.969	910

(1) Diezmo de hoja de morera. Granero mayor de Murcia (en reales).

(2) Corretaje de la seda (Murcia-capital) (en reales).

CUADRO I (Continuación)

La sericicultura murciana. Dos índices (1527-1837)

	(1)	(2)		(1)	(2)
1800	25.027	910	1820	17.692	1.165
1	22.234	910	1		1.165
2	20.196	910	2		1.165
3	22.296	910	3	14.777	1.165
4	21.918	1.165	4	19.843	1.165
5	22.750	1.165	5	15.299	1.165
6	23.013	1.165	6	14.341	1.165
7	22.671	1.165	7	13.750	1.314
8	21.297	1.165	8	15.506	1.314
9	17.915	1.165	9	17.239	1.460
1810	11.557	1.165	1830	18.773	1.606
1	17.900	1.165	1	17.863	1.460
2	7.971	1.165	3	18.684	1.460
3	12.812	1.165	4	18.440	1.460
4	16.219	1.165	5	16.160	1.460
5	15.673	1.165	6	15.926	1.460
6	17.642	1.165	7	8.572	1.460
7	18.041	1.165			
8	17.805	1.165			
9	17.246	1.165			

(1) Diezmo de hoja de morera. Granero mayor de Murcia (en reales).

(2) Corretaje de la seda (Murcia-capital) (en reales).

NOTA: A partir de 1685, ante la degradación por la contabilidad del Cabildo para la hoja de morera, se han utilizado las cifras del diezmo total mediante una conversión (parte del Cabildo = $\frac{\text{diezmo total}}{3,44}$).

FUENTES: ACM, Libros de prima y grosa, Libros de tazmia y Libros de repartimiento de frutos; AMM, Cuentas municipales (varios legajos).

distancia a la huerta de la capital: en Alguazas, la seda representa el 41,27 por 100 del valor total del diezmo para el quinquenio 1591-1595¹⁶. Y en el resto, la vega alta del Segura (Cieza, Val de Ricote) se caracteriza por la resistencia de los frutales y los agrios ante el avance de la morera. En los regadíos secundarios, la actividad sericícola es muy minoritaria. Por tanto, no ha habido verdadera transformación más que en el tramo del Segura compren-

¹⁶ AGS, Expedientes de Hacienda, leg. 132/46.

dido entre Archena y Orihuela, donde la asociación cereales-morera ha sustituido a la trilogía tradicional cereales-viñas-olivos, ampliamente predominante hasta entonces.

Poco después del cambio de siglo comienza la decadencia, articulada en dos fases. Entre 1600 y 1650, se trata de un retroceso progresivamente acelerado: lento hasta 1630, más rápido después, brutal a raíz de la peste de 1648. Desde 1650 a 1680 se asiste a una última recuperación: en 1673 pasaba aún por el Contraste de Murcia más de la mitad del volumen de seda pesada en 1593, año *record* (cuadro I).

Este sobresalto, que afecta a las zonas próximas a la capital (Alguazas), no parece muy sensible en Lorca. De todas formas, la recuperación es pasajera, y los años 1680 son de franco marasmo (cuadro I). Es la época en la que se arrancan moreras en la huerta de Murcia y, con frecuencia, se ponen vides en su lugar, mientras que contemporáneamente comienzan las roturaciones del secano. Esta regresión de cultivos tendrá lugar en el contexto de un fuerte crecimiento demográfico¹⁷.

Debe observarse que la crisis del xvii afectó sobre todo a la seda de primera calidad (*joyante*), mientras que la *redonda* se defendió mejor en el mercado. Ello constituye un testimonio suplementario de la mayor resistencia, en las coyunturas malas, de las calidades o variedades inferiores: la cebada y el centeno en relación al trigo; la lana basta en relación con la merina, etc.

3. *El segundo ciclo: circa 1680-circa 1896*

A finales del xvii, la sericicultura murciana da la sensación de hallarse fuertemente amenazada. Sin embargo, pese a la crisis, mantiene su presencia en todas las huertas del Sureste. Y, a partir de los años 1690, comienzan a constatar los primeros indicios de recuperación que anuncian el segundo ciclo.

Si el primero parece organizarse de forma más o menos regular, el segundo presenta un perfil complejo. Entre la breve fase de crecimiento inicial (1710-1740) y la caída final, no menos rápida (1854-1896), se extiende una especie de meseta ligeramente ondulada, interrumpida por dos puntas de prosperidad en los períodos extremos (decenios 1740-1750 y 1830-1850), separadas a su vez por una fase netamente deprimida.

La facilidad de la recuperación se explica por la conjunción de dos fenómenos: el nuevo aumento de la demanda interior y exterior de seda y la elasticidad de la oferta, que permite una pronta respuesta a los estímulos del mercado. Tal elasticidad se debió a la conservación de las plantaciones de more-

¹⁷ Pérez Picazo-Lemeunier (1984), pp. 141 y ss.

ras, probablemente subexplotadas en el período anterior; a la supervivencia de la tradición sericícola, y el incremento de la mano de obra, generada por el *boom* demográfico del período.

La Guerra de Sucesión comprometió durante unos cuantos años esta recuperación: el conflicto apenas perjudicó a las plantaciones (si se exceptúan los sectores oriental y septentrional de la huerta de Murcia, donde penetraron las tropas), pero, en cambio, perturbó las migraciones de mano de obra y las relaciones comerciales. También parece ser que las moreras resultaron afectadas por fríos invernales particularmente rigurosos y por heladas tardías en los primeros años del siglo XVIII.

Sea como fuere, una vez terminado el conflicto, las cifras suben, según todos nuestros indicadores, hasta 1740. En un período de precios estables, el incremento de las cotizaciones de la hoja de morera da la medida de la euforia sericícola de estos años.

¿Cómo situar el nuevo crecimiento y sus resultados en relación con el del XVI? Se puede concluir con prudencia, ante el conjunto de datos reunidos, que se vuelven a encontrar hacia 1743-1745 cifras globales de producción de seda próximas a los máximos anteriores (cuadro I). Sin embargo, aunque se alcancen los *records* precedentes en los tres principales sectores de producción (Murcia, Lorca, vega de Molina), se observa una clara evolución en la importancia relativa de los centros secundarios: en la comarca de Caravaca se está muy lejos de una recuperación en relación con 1600, mientras que, por el contrario, la sericicultura se muestra particularmente dinámica en el alto Segura (zona montañosa y salida del río a las huertas del Sureste en Calasparra). Se deduce, por consiguiente, el comienzo de un movimiento de repliegue regional: el cultivo de la morera abandona los regadíos peor dotados y se concentra a lo largo del eje del Segura, donde dispone de mejores disponibilidades hidráulicas.

Pero este nuevo apogeo se inscribe en un contexto económico transformado. Incluso alrededor de la capital, la morera ha dejado de ser un *quasi* monocultivo y la sericicultura se ha convertido en una actividad de apoyo en el seno de una economía menos especializada, más autocentrada que en el XVI, y basada esencialmente en los cereales. Dicho de otra forma, la explotación de la seda se integra en un policultivo orientado a la autosubsistencia: el producto de su venta proporciona al campesino la liquidez necesaria para pagar la renta, las posibles deudas y, cada vez más, los impuestos. Por otra parte, aunque localmente la producción sobrepase las cifras absolutas de 1600, es preciso recordar que entre las dos fechas la población y la cosecha de cereales se han multiplicado por más de dos¹⁸.

¹⁸ *Ibidem*, gráficos 3 y 4.

Después de 1750 se produce un lento declive, visible en todos los indicadores. Como antes, la tendencia general es la resultante de evoluciones contrastadas (cuadro II). Unas veces es lenta, como en Murcia y sectores vecinos de

CUADRO II
Extensión del moreral en 1755 y 1851 (Ha.)

Comarca	Municipio	1755		1851	
		Superficie regadío	Moreral (%)	Superficie regadío	Moreral (%)
Murcia	Murcia	11.703	76	11.817	65
	Alcantarilla	1.292		1.281	
Cartagena	Cartagena	464		387	
	Fuente Alamo	42,9		337	
	Mazarrón	20,4			
Guadalentfn	Librilla	265	24,5		
	Alhama	1.417	8,52	1.747	
	Totana	2.271	9	3.082	
Lorca	Lorca	14.399	3,83	19.027	
Caravaca	Caravaca	7.279	0,14		
	Moratalla	2.782	3	4.515	
	Cehegín	4.361	3,11	4.422	
	Bullas	1.345	0,93	1.346	
	Calasparra	346	33,77	492	17
Mula	Mula	1.614	7	1.914	0,62
	Pliego	451	11,8		
	Albudeite	324			
	Campos				
Molina	Molina	511	58,97	629	31
	Cotillas	512	16,5	585	
	Alguazas	389	24,8	397	
	Ceutí	243	14,5	245	
	Lorquí	198,83	40	204	83,5
	Archena			209,6	
S. E.	Fortuna	120	14,91	126	
	Abanilla	218	11,52	224	
Val de Ricote ...	Cieza	681	23,51	726	
	Abarán	49,91	31,20	102	
	Blanca	59,70	22,13	73,16	
	Ricote	55,69	31,56		
	Ojós	35,51	8,30	150	
Altiplano	Jumilla	251	5,51	769	
	Yecla	947	25,34	1.286	

FUENTES: 1755: Catastro de Ensenada, Respuestas Generales (AGS y Archivos Municipales).

1851: Amillaramiento (Archivos Municipales).

la vega de Molina (Alguazas), en la huerta de Mula y en el valle del Guadalentín (Alhama); otras es rápida, especialmente en los regadíos pobres como Sax o Lorca, donde la caída es brutal. Por el contrario, en el alto valle del Segura se mantiene y hasta progresa (Calasparra, Yeste...).

Mientras la producción desciende, el artesanado local empieza a retener una parte mayor de ella: del 10 por 100 señalado en 1743 se pasa a proporciones superiores a fines de siglo, debido a la creación de fábricas de hilado y tejido, unas veces por iniciativa estatal (según el modelo de manufactura privilegiada) y otras privada (tornos y telares locales, fábricas financiadas con capital francés). Esta tendencia se consolida en el siglo XIX, una vez superado el bache de sus primeras décadas, aunque sin alcanzar dentro de la vida económica de la capital el peso específico conseguido en la suya por la sedería valenciana. La importancia que seguía conservando la exportación de la seda en bruto se manifiesta en la tenaz presencia de casas comerciales francesas dedicadas al «trato de la seda»: a comienzos del XIX todavía había en la región más de una docena¹⁹.

El lento retroceso de la producción, consecuente a la contracción del moreral, va a ser irreversible debido a la tala de éste, a diferencia de lo sucedido en la fase descendente del ciclo anterior. Si comparamos los datos sobre el reparto de los distintos cultivos de regadío procedentes del Catastro de la Ensenada con los del Amillaramiento de 1851 (cuadro II) el hecho se aprecia claramente. Por otra parte, allí donde se conserva el Interrogatorio de 1803 —único jalón intermedio— se constata que la involución ya estaba muy avanzada a principios del siglo²⁰. Su mayor o menor celeridad se relaciona estrechamente con la importancia que el árbol de la seda conservaba en 1755, de ahí que puedan establecerse tres tipos de evolución en función de ella:

1.º *Menos del 15 por 100 del regadío.* Se trata de los municipios del Noroeste, Altiplano Yecla-Jumilla, valle del Guadalentín, Lorca, Mula, Abanilla y Fortuna, exteriores al eje del Segura. En todos ellos el moreral ha desaparecido en 1851 o conserva un carácter residual. Su lugar ha sido ocupado por el trigo, el olivo o la vid.

2.º *Entre el 15 y el 30 por 100.* Cieza, municipios del Val de Ricote, Cotillas y Ceutí, ubicados ya en el valle del Segura. También en ellos se ha operado la indicada desaparición, pero, además de los cultivos citados en el apartado anterior, se advierte la expansión de los frutales y hortalizas, que responden a unos criterios económicos nuevos.

¹⁹ AGS, Junta de Comercio y Moneda, leg. 384; AMM, leg. 3928.

²⁰ Pérez Picazo (1985).

3.^o *Más del 30 por 100.* Sólo cuatro huertas conservan un porcentaje tan elevado: la de Calasparra (33,77 por 100), Lorquí (40 por 100), Molina (58,97 por 100) y Murcia, con Alcantarilla y Beniel (76 por 100). Un siglo más tarde, la superficie ocupada por el moreral ha descendido de forma apreciable en las tres primeras, pero se conserva casi íntegramente en la cuarta.

Resumiendo, entre 1755 y 1851 se ha verificado un proceso rigurosamente inverso al experimentado en el siglo XVI. La morera ha emigrado aguas abajo del Segura, aunque dejando un enclave en los pequeños regadíos albacetenses (Letur, Liétor, Hellín, Tobarra) y en la vega alta (Calasparra). Poco a poco va apareciendo en su puesto un abanico de cultivos muy diversos, dentro de la tradición cerealícola y vinícola la mayor parte de las veces, pero otras apuntando ya hacia la especialización de cara al mercado regional y nacional, en particular a partir de 1830-1840.

Las razones del fenómeno fueron múltiples y, posiblemente, muy interconectadas entre sí. A vuela pluma, pueden citarse la urgencia experimentada en la región —como en el resto del país y en Europa occidental— por incrementar la producción triguera²¹; la adversa coyuntura comercial provocada por la concatenación de las guerras revolucionarias, la de la Independencia y la emancipación de las colonias americanas; la menor competitividad de la seda murciana en el mercado europeo, debido a la concurrencia cada vez mayor de la italiana y la provenzal..., y, como colofón, la contracción duradera de los precios después de 1817. De esta forma se consuma la evolución iniciada tras la crisis del XVII, que había propiciado el desarrollo de un modelo agrícola más equilibrado que el anterior y en cuyo seno los cultivos de subsistencia tenían una importancia desconocida en el XVI. A la vez, y como hemos apuntado, se acentúa la especialización comarcal en aquellos productos que se adaptan mejor a las condiciones naturales. Empieza así a hacerse visible la respuesta a la progresiva articulación del mercado intrarregional, visible ya en la segunda mitad del XVIII a través de la subida en flecha de las almotacenías municipales, tendencia que se acelera en la primera mitad del XIX ante la demanda del mercado interregional esta vez.

A partir de ahora, la sericultura sólo poseerá importancia económica en la huerta de la capital, por lo que habremos de centrarnos fundamentalmente en ella para seguir la evolución de la coyuntura. La posibilidad de usar los precios como indicador —pese a las lagunas de las series— nos autoriza a establecer tres períodos consecutivos:

1.^o *1814-1836.* Caracterizado por un acusado descenso difícil de evaluar (entre un 35 y un 40 por 100), ya que es en estos años cuando los datos son

²¹ Mulliez (1979).

más escasos. Según parece, el punto más bajo se alcanza en el decenio 1820-1830 y sólo se recupera el nivel de comienzos de siglo hacia 1836. Paralelamente, desaparecen numerosos telares y tornos de torcer seda, así como una de las dos hilanderías más importantes (la «Tolonesa»).

2.º 1836-1873. De evolución más complicada que el anterior. Hasta 1851-1852 los precios suben de forma moderada, con altibajos, pero a partir de esa fecha se disparan (prácticamente se duplican). La causa de tal incremento fue la pérdida sucesiva de cosechas a causa de la aparición del *Nosema Bombyci* o pebrina, una epizootia que afectó a toda la sericicultura mediterránea y que en España va a provocar el comienzo del declive de la valenciana y la granadina.

Sin embargo, hasta 1854 —año en que se pierde toda la cosecha— la explotación sedera conoció una fase muy próspera. Según el Amillaramiento de 1851, el número de moreras sobrepasaba las 900.000: aunque consideramos excesiva esta cifra, no cabe duda de que se alcanza un *maximum* en esta fecha. R. Mancha²² describe la huerta como un «inmenso moreral», y en los catálogos de fincas publicados a partir de 1836, debido a la Desamortización, la mayoría figuran como un «moreral cerrado» o «abierto con X moreras...». Estamos ante un fenómeno parecido al que G. Desert²³ y R. Price²⁴ describen para el campo francés: el apogeo de una actividad tradicional, reflejado en el nuevo *record* de la producción, que sube hasta 180.000 libras según Mancha y 200.000 según Madoz²⁵. Pero ese mismo carácter tradicional, ¿acaso no explica que el perímetro regado permanezca estancado mientras las pequeñas huertas vecinas, donde ha desaparecido la morera, crecen de forma visible?

Paralelamente tiene lugar una especie de «resurrección del textil». De nuevo se incrementa el número de telares y, a partir de 1850, comienzan a abrirse grandes hilanderías (hasta seis), de las cuales tres se financian con capital lionés o marsellés; en 1869 se alcanza otro *maximum*, esta vez en cuanto a porcentaje de capullo de seda consumido localmente. Pese a ello, la producción superaba con mucho la capacidad de fábricas y telares, de ahí que la exportación siguiese siendo importante. En 1846, según Madoz, todavía la seda representaba un 37 por 100 *ad valorem* de las exportaciones regionales.

La plaga a la que hemos aludido afectó, pues, a la sericicultura murciana en un momento de auge. Durante años las autoridades locales —Ayuntamientos, Real Sociedad Económica— buscaron soluciones en vano, importando

²² Mancha (1936), p. 5.

²³ Desert (1976).

²⁴ Price (1983).

²⁵ Madoz (1846), pp. 107 y ss.

simiente europea o japonesa. Mientras, en Valencia la explotación sedera no se recupera de la catástrofe y se empieza muy pronto a talar moreras²⁶; en Murcia la caída es más lenta y su detonador será, más que la pebrina, la brusca contracción de los precios generada por la gran depresión finisecular.

3.º 1873-1896. Hacia 1870 se habían divulgado los descubrimientos de Pasteur y se empezaba a luchar eficazmente contra las epizootias. Pero, precisamente en ese decenio, la caída de los precios ya señalada iba a impedir la recuperación. La persistencia e intensidad del fenómeno, que hizo descender las cifras un 60 por 100 respecto a las de comienzos de siglo, explica que se inicie la tala de moreras. No poseemos datos exactos sobre el alcance real de la operación: Baleriola sostiene que sólo quedaban 150.000 en 1894, pero la cifra nos parece demasiado baja²⁷, sobre todo si se la coteja con los presuntos 900.000 árboles de 1851 y si se piensa que a comienzos del xx su número había comenzado a incrementarse otra vez. Es muy posible que, como sucedió en el siglo xvii, el moreral se subexplotara y quedara reducido a una situación marginal, pero sin perderse del todo. Sea como fuere, el hecho innegable es que la formación cerrada desaparece y en adelante los árboles ocupan los linderos de las parcelas y los márgenes de los caminos.

De esta manera, la baja de precios, que constituye la manifestación más importante de la gran depresión, iba a acelerar el proceso de sustitución de cultivos iniciado en las huertas del Segura en las décadas centrales del xix. La trilogía mediterránea comienza a desaparecer de ellas, lo que equivale a la apertura de un nuevo ciclo de especialización comparable al descrito en el siglo xvi, sólo que ahora se trata de productos hortofrutícolas y no del moreral. La permanencia de este último en el regadío de la capital, pese al auge paralelo del pimentón, sorprende un tanto debido a la diferente evolución experimentada en Valencia y Granada, donde la sericultura desaparece. Posiblemente contribuyeron a ello dos series de razones: la menor dotación de agua de este sector del Segura respecto a la vega alta y la peculiar fisonomía de las estructuras agrarias regionales.

Respecto a la primera, es indudable que un cultivo como la morera, no demasiado exigente en agua, establece un tipo de aprovechamiento óptimo en un medio donde los recursos hídricos eran débiles y, lo que es peor, irregulares. Como es sabido, la aridez dominante en la climatología del sureste peninsular confiere a la escasez del líquido elemento un carácter fuertemente limitativo. Por ello, en 1883, el Consejo Provincial de Agricultura informaba que «sin regularizar el Segura no era posible el cultivo de las especies más

²⁶ Martínez Santos (1981).

²⁷ Baleriola (1894).

beneficiosas y productivas»²⁸. Pero la «regularización» exigía la construcción de una red de embalses, con todo lo que un programa hidrológico de esa envergadura supone: de ahí que la cuestión no empiece a afrontarse hasta bien avanzado el siglo xx²⁹.

En cuanto a la segunda, sus rasgos más visibles a fines del xix eran la concentración de la propiedad de la tierra, el predominio de la explotación indirecta y la fragmentación de la unidad de explotación. Ello explica el interés, tanto por parte de los propietarios como de los arrendatarios, en conservar la sericicultura como fuente segura de ingresos en metálico, necesarios para pagar la renta.

III. EL TERCER CICLO, 1896-1930

A partir de 1896-1897, los precios de la seda empiezan de nuevo a subir, aunque con moderación: de hecho, no vuelven a alcanzar el nivel anterior a la crisis hasta la segunda década del siglo xx³⁰. Desde comienzos de la centuria la superficie sembrada de moreras aumenta de nuevo, tal como hemos anticipado. Pero el hecho no debe considerarse como la simple pervivencia de un aprovechamiento tradicional³¹, ya que en este período la expansión va de la mano de la difusión de métodos modernos, tanto en lo referente a la elección de simiente como al avivamiento y ahogo del capullo. En ello cupo un papel fundamental a la Estación Sericícola, creada en 1892, pero que no empezó a funcionar realmente hasta 1902. En adelante, los cosecheros dejan de depender del ahogo que se efectuaba en las calderas de la media docena de grandes fábricas instaladas en la ciudad en 1850-1860, de las que sólo sobrevivían dos a finales del xix, financiadas con capital lionés. Todo ello coopera a poner en marcha un nuevo ciclo expansivo, evidenciado en la plantación de nuevos árboles y en el aumento de la producción. De un promedio de 560.000 Kg. en el decenio de 1891-1900 se pasa a 713.000 en el siguiente.

Los frutos de esta actividad no se materializan hasta los años 1920, dado el bajo nivel de partida. En 1926 disponemos de una memoria-resumen que permite apreciar la recuperación experimentada³²:

²⁸ AMM, leg. 581.

²⁹ Melgarejo (1986).

³⁰ Baleriola (1894), p. 108; Boletín de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Murcia, *Memoria de los trabajos realizados... en los años 1923 a 1926, ambos inclusive*, Murcia, 1928, p. 49.

³¹ Garrabou-Sanz Fernández (1985).

³² AMM, Memoria de trabajos sericícolas de 1926, 2-F-135.

- Número de moreras: 326.000.
- Establecimientos para el fomento de la sericultura: 30 viveros, 45 siemientistas (11 dedicados a la compra de capullo vivo).
- Fábricas: Hijuela, 10; Filaturas, 4.
- Semilla avivada: 20.000 onzas.
- Familias ocupadas en esta actividad: 10.000.
- Dinero manipulado por la banca en giros y cuentas por tal concepto: 10.000.000 de pesetas.

Parece obvio, pues, que el nuevo auge de la sericultura murciana reposa en unas bases distintas a las de los ciclos anteriores. Por un lado, tiene lugar la aplicación de técnicas nuevas, con el fin de lograr una mayor eficiencia productiva. Por otro, se consume *in situ* por vez primera la mayor parte de la cosecha, gracias a los nuevos establecimientos fabriles surgidos en Murcia en las primeras décadas del siglo xx. Es decir, ya no se trata sólo de un aumento de la producción, sino de la productividad.

CONCLUSION

He aquí, pues, esbozado el gran ciclo de la seda murciana, cuya conclusión (1936-1950) queda fuera de este estudio. A través de las tres grandes ondas que ritman la coyuntura sericícola, se observan varias evoluciones pluriseculares. Tras la expansión general del xvi, la minoración progresiva de los *maxima* (probable de 1600 a 1740, comprobada de 1740 a 1925) ilustra la tendencia hacia un lento declive de la producción global. Por el contrario, crece la parte de la producción destinada al artesanado local, por lo menos hasta el siglo xx: seguramente débil en el xvi, sube desde el 10 al 45 por 100 entre 1743 y 1869, y hasta el 55 por 100 en 1926. En todas las épocas la sericultura es, sobre todo, un asunto de la capital y su comarca, pero la decadencia de la producción después de 1600 va acompañada de una concentración progresiva del moreral sobre el eje del Segura, y después sobre los dos extremos de este eje: vega alta, por una parte; tramo Molina-Murcia, por otra.

La historia de la sericultura murciana está estrechamente ligada a la del regadío. En el xvi, el *boom* de la seda es responsable en gran parte de la ampliación de los perímetros regados. En el xvii-xviii, la morera abandona uno a uno los regadíos secundarios, pero contribuye al progreso de los trabajos hidráulicos en el alto Segura, aún parcialmente aprovechado. A la inversa, la lenta reconversión de la huerta de Murcia, pese a la pebrina y la gran depre-

sión, y el lanzamiento de un nuevo ciclo de la seda en el xx no pueden ser comprendidos sin tener en cuenta la ausencia de modernización hidráulica del regadío tradicional.

La comparación con el caso valenciano se impone. En principio, se observa cierto sincronismo entre Valencia y Murcia durante los primeros ciclos. También aparece la misma tendencia hacia el aumento del consumo por el artesano local a partir de una situación, similar en los dos casos, de exportadores de materias primas. Sin embargo, la superioridad valenciana es aplastante e incluso se hace más pronunciada, en cifras globales, entre el xvi y el xviii:

<i>Valencia</i>		<i>Murcia</i>	
1580	400.000 libras ³³	1621	210.000
1762	1.150.000 libras ³⁴	1743	221.000

También Valencia precede en un siglo a Murcia en cuanto al desarrollo de la sedería y, por supuesto, en el peso de este sector dentro de la vida económica urbana. Por último, la decadencia de la actividad, en su conjunto (desaparición de establecimientos, abandono de la sericicultura, reconversión de la huerta), diferencia profundamente la primera de la segunda a fines del xix, así como el desarrollo de un nuevo ciclo en el xx, que constituye un caso único en España.

Pero el establecimiento de la coyuntura sericícola murciana sólo puede ser el primer paso de una investigación que debe desembocar en una tentativa de explicación. En esta óptica, las comparaciones con las regiones vecinas, Granada y Valencia, abren nuevas perspectivas. Incluso sería preciso ir más allá y recurrir a un espacio más vasto, ya que la coyuntura regional no puede ser comprendida sin ponerla en relación con los centros industriales importadores (Granada, Córdoba, Toledo, Milán, Lyon...) y con las demás regiones productoras, entre las cuales los anteriores ejercen arbitraje por su posición de dominio: Andalucía, Valencia, Sicilia, Calabria y Grecia, primero, y, después, la llanura del Po y el valle del Ródano.

³³ Casey (1979), p. 60.

³⁴ Martínez Santos (1981), p. 93.

LISTA DE ABREVIATURAS

- AMM = Archivo Municipal de Murcia
AHML = Archivo Histórico Municipal de Lorca
ACM = Archivo Catedral de Murcia
AHN = Archivo Histórico Nacional
AGS = Archivo General de Simancas

BIBLIOGRAFIA

- BALERIOLA, G. (1894): *Estudio de sericicultura*, Murcia, Tip. Provincial de Levante.
- BALERIOLA RAMÍREZ, L. (1926): *La sericicultura en la región murciana*, Murcia, Tip. de G. Francisco.
- CALVO GARCÍA-TORNEL, F. (1975): *Continuidad y cambio en la huerta de Murcia*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio.
- CANALES, E. (1982): «Los diezmos en su etapa final», en *La economía española al final del Antiguo Régimen*, I: *Agricultura*, ed. e Int. de G. Anes, Madrid, Alianza Editorial.
- CASCALES, F. (1874): *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su reino*, Murcia, Miguel Tornes y Olmos, librero (1979); 1.ª ed., 1621.
- CASEY, J. (1979): *The Kingdom of Valencia in the seventeenth century*, Cambridge, Cambridge University Press. Hay traducción española en Ed. Siglo XXI.
- CHACÓN JIMÉNEZ, F. (1979): *Murcia en la centuria del quinientos*, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X.
- DESERT, G. (1976): *L'essor de la paysannerie, 1789-1852*, en *Histoire de la France rurale*, col. 3, París, Seuil.
- GARRABOU, R., y SANZ FERNÁNDEZ, J. (1986): «La agricultura española durante el siglo XIX: ¿inmovilismo o cambio?», en *Historia agraria de la España contemporánea*, 2: *Expansión y crisis (1850-1900)*, Barcelona, Crítica, pp. 139-164.
- GARCÍA MERCADAL, J. (ed.) (1952): *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, vol. I, Madrid, Aguilar.
- HERRERO PASCUAL, A. (1974): *Actas Capitulares del Concejo de Murcia, 1485-1490* (tesis de licenciatura inédita, ejemplar facilitado por la autora), Murcia, Dep. de Historia Medieval.
- LEMEUNIER, G. (1976): «La part de Dieu. Recherches sur la levée des dimes au diocèse de Carthagène-Murcie d'après les visites de tercias (XVIII-XIX s.)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, vol. XII, pp. 357-386.
- (1983 a): «Approche méthodologique des dîmes de Murcie à l'époque moderne», en *Prestations paysannes, dîmes, rente foncière*, E. Le Roy-Ladurie y E. Goy (eds.), París-La Haya, Mouton.
- (1983 b): «La coyuntura murciana: población y producción en el siglo de oro (1500-1650)», en *Cuadernos de Historia*, CSIC-Instituto Jerónimo Zurita, tomo X, pp. 165-233.
- MADOZ, P. (1846): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, artículo «Murcia», pp. 102 y ss.
- MANCHA, R. (1836): *Memoria sobre la población y los riegos de la provincia de Murcia*, Murcia, Imp. M. Bellido.
- MARTÍNEZ-SANTOS ISERN, V. (1981): *Cara y cruz de la sedería valenciana, s. XVIII-XIX*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.

- MELGAREJO, J. (1986): *La política hidráulica primorriverista: La Confederación Hidrográfica del Segura* (tesis de licenciatura inédita, ejemplar facilitado por el autor), Murcia, Dep. de Historia Moderna y Contemporánea.
- MULLIEZ, J. (1979): «Du blé, "mal nécessaire". Reflexions sur les progrès de l'Agriculture, 1750-1850», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, enero-marzo, pp. 1-48.
- OLIVARES GALVÁN, P. (1976): *El cultivo y la industria de la seda en Murcia en el siglo XVIII*, Murcia, Academia Alfonso X.
- PÉREZ PICAZO, M. T. (1985): «El Interrogatorio de 1803 en la región murciana», en *Areas*, núm. 5, pp. 136-165.
- PÉREZ PICAZO, M. T., y LEMEUNIER, G. (1984): *El proceso de modernización de la región murciana, siglos XVI-XIX*, Murcia, Ed. Regional.
- (1985): «Agua y coyuntura económica: las transformaciones de los regadíos murcianos (1456-1926)», en *Geocrítica*, Universidad de Barcelona, julio.
- PRICE, R. (1983): *The Modernization of Rural France*, Londres, Hutchinson.
- TORRES FONTES, J. (1971): *Los cultivos murcianos en el siglo XV*, Murcia, Academia Alfonso X.